La esencialidad del teatro en la infancia

Fernando Almena

El título enuncia con claridad mi pensamiento y lo que pretendo exponer en las contadas líneas que siguen.

Que el teatro es esencial en la infancia, sea su práctica en privado o en el colegio, no debería ofrecernos la menor duda y ser unánimemente aceptado. Y así suele ser como declaración de buenas intenciones cuando se plantea en público -falaz imagen del buenismo recalcitrante que impera-, pero la realidad es bien distinta.

Todo el interés por el teatro infantil que con tan entusiástico fervor muestran las instituciones públicas, profesorado, editoriales, pedagogos, críticos y cuantos de uno u otro modo tienen relación con el mundo de la infancia, incluidos muchos padres, no queda en la mayor parte de los casos más que en pura palabrería. Pero, como en el teatro, no basta la palabra, se necesitan además el gesto y la acción. Y pocos gestos y acciones se realizan en nuestro país en favor de este género.

Con el fin de argumentar por qué es esencial el teatro en la infancia, sean cuales fueren las modalidades que se le ofrezcan, consideraré el teatro infantil en su conjunto y haré abstracción de todo en lo que el niño tiene protagonismo, sea como espectador, lector, intérprete, e incluso, con matices, como autor. Y cuando digo el niño, me refiero genéricamente a ambos géneros, renunciando a ese creciente desatino de niñarrobas -niñ@s- o a la constante reiteración, acomplejada y paritaria, de “niños y niñas” por sumisión a lo estúpidamente correcto, que la igualdad, respeto y consideración a la mujer no reside en una norma gramatical, y cuando la RAE dictamine otra nueva, estaré encantado de utilizarla.

Recorramos sucintamente las dos facetas fundamentales del teatro infantil: el teatro para niños y el teatro de niños, al que también podríamos llamar teatro escolar, ya que es realizado por los niños durante su etapa escolar. Obviaremos el teatro mixto, realizado por adultos y niños.

El **teatro para niños** es el representado para ellos por adultos, tenga solo niños como espectadores -funciones en algunos colegios y campañas escolares en salas- o lo sean junto con sus familiares -el habitual en salas-, llamado teatro familiar o para la familia. Un tipo de teatro, por lo general, creativo, colorista, divertido, ágil y cautivador, que ha evolucionado de forma considerable, superadas ya las obras con moraleja o moralina, didácticas -el teatro no es un medio de enseñanza sino de educación- o con la absurda idea de que la participación de los niños consiste en que suban en masa al escenario para que deslavacen y destrocen la representación o que contesten con síes o noes corales o clonescos. Este renovado teatro, siendo de calidad, lo considero fundamental para los pequeños espectadores por su carácter formativo, lúdico, imaginativo, seductor, onírico, crítico y forjador del espectador del futuro o, por ende, del futuro del teatro.

Asimismo, dentro del teatro para niños incluiremos la lectura de las escasas obras que de este tipo se editan. Lectura ninguneada por buena parte del profesorado, que, al creerla

abstrusa y no apropiada para el niño, por hábito la rechaza, y en consecuencia, también los comerciales de las editoriales, lo que provoca que la mayoría de estas -con justificado ánimo de lucro- se resista a publicarlas. Cuando, paradójicamente, la lectura teatral, a pesar de las reticencias de demasiados maestros y educadores, se ha demostrado que encanta a los niños por su agilidad y poder de concreción o síntesis y por sus características visuales e imaginativas, con preferencia en muchos casos incluso sobre la narrativa. Lo he constatado en diversas ocasiones, entre las que en mis recuerdos destaca con qué entusiasmo y ternura todos los niños así lo proclamaban en un grato encuentro que sostuve con ellos en el Condado de Treviño, esa isla castellano-leonesa, no rodeada de agua sino de tierras alavesas.

Y no se puede renunciar a la mención del encomiable teatro para bebés, cada vez más popularizado, de factura más visual, creativa, mágica y sensible. Ni a la del teatro de títeres, que ha alcanzado unos niveles de calidad excelentes, e incluso a la del teatro de sombras.

Por las razones dadas, el teatro para niños debería ser considerado en su auténtico valor y fomentado desde el colegio y la familia, y con el apoyo decidido de las instituciones.

El **teatro de niños**, la otra faceta que consideraremos, no menos importante que la anterior, es el realizado por niños, sea dentro o fuera del colegio y practicado en privado o como representación para otros niños e incluso, con tanta moderación como dudas, para adultos. Al decir representación se suele generalizar aludiendo a su intervención como actores, pero pueden participar, además, de muy diversas formas, desde la confección de decorados y vestuarios hasta los efectos especiales, pasando por coros, iluminación, sonido, etc.

Dentro del teatro de niños o escolar, sin entrar en detalles que requerirían estudio de mayor amplitud, podemos considerar: el juego teatral, la teatralización, el teatro de animación y el teatro de niños, propiamente dicho.

El **juego teatral** o dramático, destinado de modo prioritario a las primeras edades, consiste en una serie de ejercicios de carácter lúdico y formativo, tales como de respiración, de relajación, de expresión corporal, de lenguaje oral y voz, de concentración, de los sonidos, de los sentidos, de psicomotricidad, del gesto y la mímica, de situación, de juego con objetos y de creatividad individual y colectiva, encaminados al desarrollo físico y psíquico del niño, al dominio del cuerpo y de la expresión oral en su más amplio sentido, a la vez que al desarrollo de la personalidad y del autocontrol. Ejercicios que pueden ser considerados como puro juego simbólico. El juego teatral siempre requiere la participación directa de un adulto.

La **teatralización** o dramatización consiste en dar forma y condiciones teatrales a algo que carece de ellas. Su fin es potenciar los recursos creativos y expresivos del niño y encaminarlos hacia la acción. Suele practicarse partiendo de un poema, un cuento, una historia, una canción e incluso de una palabra o de un objeto. Con cualquiera de estos elementos el niño realiza un proceso creativo mediante el cual los convierte en acción, bajo la guía de un adulto.

El **teatro de animación** es una actividad teatral que se practica con niños y que consiste en la creación de un ambiente o itinerario rico en estímulos, partiendo de una determinada escenografía, de un paisaje o de cualquier otro motivo, con el fin de que den rienda suelta a su creatividad e improvisación, mientras siguen una trama, se integran en unos hechos de forma participativa y viven una aventura a través de un recorrido lúdico en el que la magia y la invención son los ingredientes esenciales. En ese recorrido son conducidos o guiados

por adultos. Los niños no han de hacer teatro, sino vivirlo de forma personal y directa, como quien vive una aventura, como una forma de vivir el teatro.

El **teatro de niños**, o por/con niños, que engloba todos los anteriores, es el representado por ellos a partir de un texto predeterminado, pero no obedece a una improvisación ni a determinados ejercicios como en el caso del juego teatral, aunque pueden complementarlo. Nos encontramos ya en una fase en la que el niño debe haber alcanzado un determinado desarrollo psíquico, que irá correlacionado con su edad. Aquí se utilizan textos escritos que se han de memorizar y ensayar junto con los movimientos, la puesta en escena se realiza ante público y la parte creativa del niño está más condicionada, a pesar de que se dé por asumido el concepto de teatro abierto.

Los textos para que sean representados por niños deben haber sido escritos específicamente para ellos. Tengo la experiencia de haber visto representadas por niños obras mías "para niños", es decir, concebidas para que sean representadas por adultos, lo que, sin menoscabo del encomiable esfuerzo realizado, evidenciaba que les venían "grandes", les sobrepasaban. El motivo de recurrir a textos inapropiados es que se publica muy poco teatro para que, de modo específico, sea representado por niños, y lo publicado, en buena parte, cargado de didactismo, ñoñería, normas sociales o temas navideños. Cabe destacar algunos libros de Everest y los de *Lecturas*, de Santillana, que incluyen obritas para que sean leídas y representadas por niños, de las que soy autor de algunas de ellas.

Las obras para que sean representadas por niños han de reunir características especiales en cuanto a temática, vocabulario, grado de dificultad, duración, facilidad de montaje y número de personajes, entre otras, que no las invalidan para su lectura, sino todo lo contrario.

Cuando faltan textos, no se encuentran apropiados o se ve que les sobrepasan, la solución es que el educador los escriba en función de las condiciones de sus alumnos o, mejor aún, con la colaboración de ellos, aunque con prudencia en caso de que quieran ser los autores en exclusiva, pues me han sido mostrados, con ilusión y orgullo, trabajos de estas características y tenían mucho que desear. Por este motivo, hace años publiqué un libro en Everest, *Teatro para escolares*, con obritas destinadas a las diferentes edades, con el que no tuve otra pretensión que marcar unas pautas o modelos al educador con dudas o inexperto. Fue utilizado en el curso *El teatro como recurso educativo*, de la UNED, dentro de los Cursos para Formación del Profesorado. Ya ha sido descatalogado, pero se puede consultar o descargar gratuitamente en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Son muchas las posibilidades que ofrece el teatro de niños dentro del abanico de actividades y modos de realizarlas, siempre en relación directa con las edades de los niños que integren el grupo. Un campo extenso para que el educador o el animador socio-cultural puedan desarrollar con éxito su labor teatral.

Y aquí es interesante resaltar que el teatro de niños, en cualquiera de sus manifestaciones, posee un elevado poder educativo, y me atrevo a decir que posiblemente sea la actividad con mejores resultados educativos de las que se pueden ofrecer al niño. Porque ayuda al desarrollo de la personalidad y de la autodisciplina, a vencer la timidez -conozco casos de niños tímidos que en el escenario se transfiguraban-, a relacionarse con los demás y posee un elevado poder socializante. Permite manifestar y afianzar sentimientos y emociones y transmitir ideas y pensamientos. Contribuye a potenciar la concentración, la memoria, la imaginación, el dominio de la expresión oral y corporal, el trabajo en equipo, el espíritu crítico y la capacidad de observación y de comunicación. El teatro, en suma, es una forma de libertad.

Por todo lo expuesto, sostengo que el teatro es esencial en la infancia por su poder formativo, educativo, y que ningún niño debería ser privado de tan imprescindible actividad. Y por ello incito a los maestros a que lo realicen en el colegio y lo recomienden como lectura para que las editoriales encuentren motivo para su publicación. Y a los directores de centros a que no pongan trabas -bastante habitual- al profesorado interesado en realizar esta actividad, que lo apoyen y fomenten, tanto en representaciones escolares -lo primordial- como llevando a compañías o grupos a actuar en el propio centro y con la asistencia a campañas escolares en teatros, previo visionado del espectáculo para comprobar la idoneidad del mismo, con el fin de evitar desagradables sorpresas o rechazos.

Y también animo a los padres a que lleven a sus hijos al teatro, a que les compren obras teatrales y a que dentro de las actividades extraescolares incluyan el teatro, sea en escuelas privadas o, sobre todo, en el colegio y en las casas de cultura, presionando, si no tuvieran esta actividad, para que sea creada.

Y si, por circunstancias especiales, ninguna de las actividades teatrales fueran posibles, siempre queda al niño la lectura teatral, que como reza el lema de los salones internacionales del libro teatral que cada año realizamos desde la Asociación de Autores de Teatro: «El teatro también se lee».